

Creador de patria

EDUARDO SANTOS*

En la inauguración del gran monumento al Libertador y de la estatua del General Santander, en el campo de Boyacá, totalmente restaurado en este año para glorificación de los vencedores en esa batalla inmortal, pronunció el Excelentísimo señor Presidente, el 11 de mayo de 1940, un discurso cuyo texto no taquigráfico, sino reconstruido por algunos periodistas, se reproduce a continuación. Aun cuando no constituye él la versión textual de las palabras que pronunciara el Jefe del Estado, si quedan ahí transcritos en su esencia los conceptos fundamentales que él expresara.

Ha querido la Nación colombiana honrar a su prócer máximo en todos los Municipios del país, pero especialmente en los tres lugares decisivos en su existencia prodigiosa.

En su hogar nativo, donde transcurrió plácida y tranquila su infancia, y en donde años más tarde habría de recibir la consagración

* Expresidente de la República de Colombia y de la Academia Colombiana de Historia. Presidente de la UNRRA, institución fundada por el Presidente Roosevelt para levantar fondos para ayudar a los países pobres después de la segunda guerra. Embajador extraordinario. Periodista, dueño y director de "El Tiempo", de Bogotá, durante varios años Humanista. Escritor y Orador.

de ser elegido por el inmortal Congreso de Cúcuta Vicepresidente de la Gran Colombia al lado de Bolívar, posición en que dio con insuperada eficacia un altísimo ejemplo de consagración a su deber y de lealtad a la suprema misión del Gobernante, y trabajó con éxito espléndido y amor sin límites, no sólo por esta Patria suya, sino por todo el Continente Americano.

Lo ha querido honrar también en la ciudad capital, donde por más de doce años ejerciera el Poder con gloria magnífica, y donde reposan sus despojos mortales.

Y quiere también honrarlo aquí en este campo de Boyacá, como para que se entienda que los colombianos, si vemos en él al organizador civil de la República, al egregio Magistrado, también le proclamamos y le amamos como al héroe invicto de cien combates a quien no arredraran los obstáculos ni abatiera nunca la adversa fortuna. Al hombre del valor sereno que no necesita de vanos alardes para luchar y vencer. Y ahí levantamos hoy la estatua del General Santander en el mismo punto en que seguro y firme se preparaba a pasar en 1819 el Puente, a la cabeza de las huestes que debían asegurar definitivamente la libertad americana.

Esos hombres maravillosos de entonces, que eran tan sobrios en las palabras como grandes en los hechos, al redactar el parte de la batalla que se desarrollara en estos campos, dijeron: "El General Santander al frente de la vanguardia pasó el puente y completó la victoria". Hé ahí la frase que no necesita epítetos ni adjetivos, la única verdad que recoge la historia porque en su sencillez sublime lo comprende todo.

No voy a hacer ahora el elogio de la figura del gran conductor colombiano, porque acabamos de oírlo de puras voces infantiles en frases de incomparable hermosura que hoy repiten millares y millares de niños en toda la República, homenaje que sube como un coro magnífico para decirle al General Santander que en esta tierra no hay para él sino reverencia y amor, y un perenne culto de respeto y gratitud.

En este campo, que es como el pórtico luminoso que abre las puertas a la libertad de América, queda también este monumento levantado a la gloria del Libertador y de los vencedores en Boyacá, que va a decir al mundo que no somos sordos a las voces del pasado, al que le rendimos un culto integral, y que así reverenciamos al Libertador, que es entre los hombres de la Independencia máximo faro indefi-

ciente que señala siempre los caminos gloriosos de la energía y de la victoria, como a los que con él hicieron brillar la luz de la libertad para el Continente Americano.

Boyacá es la síntesis de cuanto Colombia tiene de más grande y hermoso. Porque la batalla que aquí se libró fue el resultado sublime y necesario de esa gran lucha que se había adelantado con honda meditación, con perseverante tenacidad, con firmeza indomable. Era una batalla que se venía librando desde los Llanos, superando lo insuperable, venciendo lo que invencible parecía, jugando a cada momento la suerte de los hombres y de la Patria misma, en el juego más audaz y sublime que jamás se haya presenciado. Y se ganó para honra eterna de estos pueblos y en beneficio de todo el Continente.

Alguno de los oradores que en estos días de glorificación al gran Gobernante colombiano ha hecho el panegírico de sus glorias, ha expresado una imagen que me parece oportuno recoger en este momento y en este sitio. La libertad de América surge de la victoria de Boyacá con la misma rapidez fulgurante con que aparece el sol en el llano después de la hosca oscuridad de la noche. Porque desde el año de 1816 los soldados de la libertad se debatían entre la impotencia y el martirio y la miseria, y tal parecía como si para su noble empresa no hubiera ceja de esperanza. Un mes bastó para convertir toda esa perspectiva trágica en la más completa, en la más rotunda victoria. Del triunfo así alcanzado surgieron más tarde Carabobo y Pichincha, Junín y Ayacucho. Si aquí hubieran caído las huestes homéricas que conducían el genio avasallador del más grande de los americanos, y el valor firme y tranquilo de sus insignes capitanes, vencida hubiera caído también la independencia americana.

Por eso la gloria de Boyacá es no sólo la gloria de la Gran Colombia, sino de todo el Continente, y aquí tienen que venir a inclinarse todos los pueblos que vieron surgir en este suelo magnífico su propia libertad.

Pero hay que rendir, señores, a los héroes de la epopeya, algo más que el tributo del elogio y de la justiciera recordación. Tenemos el deber de rendirles el culto positivo y sincero de seguir su ejemplo, de imitar su vida, de profesar y practicar sus nobles doctrinas. Me seduce ante todo de esta conmemoración el sentido hermoso que ella tiene como expresión de los sentimientos de un pueblo celoso en todo momento de lo que es más caro en la vida de los hombres y de las sociedades: la

independencia y la libertad. En una carta célebre decía el General Páez al Vicepresidente Santander: "Yo jamás ponderaré bien su exactitud, su esmero, sus esfuerzos, y más que todo, ese interés tan laudable y esa deferencia por todo país que pelea por su libertad".

Los que aquí nos congregamos para rendir homenaje al varón que consagró su vida a la organización civil de la República, sabemos que hay hoy una serie de pueblos que viven el momento trágico en que cae sobre ellos el empuje bárbaro de la fuerza bruta y están viendo su suelo hollado por el invasor, y su libertad e independencia desconocidas por el más espantable atropello de que haya memoria en la historia de la humanidad.

En presencia de esta tragedia, y del sacrificio de pueblos irreprochables, podemos ser neutrales dentro de las líneas del derecho internacional, pero no podemos, no debemos, no queremos ser indiferentes, ni es posible guardar silencio ante lo que repugna a nuestra conciencia de pueblos libres y a nuestro claro y firme concepto de la justicia universal.

Había una serie de naciones pequeñas que en Europa eran motivo de orgullo para la civilización, ejemplo de justicia social, modelos de protección a sus hijos, en donde la vida transcurría amable y fecunda al amparo de la equidad y del respeto al derecho de todos, y esas naciones inocentes y casi indefensas conocen hoy inicualemente el horror de la metralla y la monstruosa afrenta de la invasión. En esta crisis de la moral universal, y ante estas explosiones de barbarie que nos retrotraen a la época medieval y aun a épocas infinitamente peores, no es posible mirar todo esto con indiferencia sin faltar a los deberes que se tienen con la propia conciencia. Las defensas materiales han resultado eficaces; pero ningún respeto parece tenerse ya por las más claras y evidentes defensas morales. Los que retrocedieron ante los muros de cemento y hierro erizados de cañones, no han vacilado en atropellar los muros que levantaban la moral, el derecho y la justicia, y en lanzarse sobre pueblos que a nadie amenazaban, ni para nadie constituían peligro, y estaban amparados por la corrección de su conducta, por la manera casi perfecta como habían realizado los ideales de la cultura y de la equidad, por todas las leyes internacionales y por todas las leyes divinas y humanas.

¿Cómo no sentir una profunda inquietud y una honda indignación al ver cómo se atropella ese muro de moral y de justicia que ha debido ser muralla infranqueable? Ante todo esto, un Presidente de Colom-

bia no podría en este lugar guardar silencio sin traicionar a los hombres que en el día decisivo de nuestra historia pasaron este puente.

No podremos hoy seguramente acudir en apoyo material de esos pueblos sacrificados que han sido orgullo y ejemplo de la humanidad. Nos lo impide un irremediable alejamiento geográfico. Ni tienen por objeto estas palabras satisfacer sólo mi propia conciencia. Aspiro a que queden vibrando en este sitio como prueba de que no somos indignos de nuestros libertadores. Puede ser que ni siquiera las palabras doloridas que aquí estoy pronunciando lleguen hasta ellos como expresión de los sentimientos de solidaridad humana de un pueblo libre. Pero yo confío en que tarde o temprano la libertad y la independencia a que esos pueblos tienen derecho, será premio de su heroico sacrificio.

Quiero hacer hoy a mi pueblo un llamamiento cordial y sincero. Nadie ha de pretender que hayamos de resultar indemnes en medio de la inmensa tragedia que sufre hoy el mundo, y que no repercutan sobre nosotros graves consecuencias de esta monstruosa locura ajena, que a todo el mundo afecta vitalmente. Sería insensato exigir o esperar siquiera que siga el mismo ritmo que hasta ayer traía el progreso nacional. Ha llegado la hora de la abnegación, la hora del tenaz esfuerzo y de la comprensión inteligente. La hora en que se hace indispensable aplazar caras realizaciones de adelanto ante la necesidad de atender de preferencia a lo primordial. Y les pido a todos los colombianos que con su conducta, con su comprensión, faciliten la obra del Gobierno, y piensen en que ahora "es preciso poner los corazones a la altura del peligro de la Patria". Y es urgente recordar ante todo y tener presente que sin un gran espíritu de disciplina, sin sacrificar a las exigencias imperiosas de la vida nacional las cosas accidentales, no podríamos hacer frente con seguridad y éxito a las dificultades que se avecinan.

Es fácil, señores, para un colombiano invocar a la Patria en Boyacá. Invocarla para reclamar de sus conciudadanos el máximo esfuerzo cívico. Para pedirles que contribuyan a conservar intacto el ambiente de tranquilidad en que hemos logrado vivir y prosperar. Para invitarlos a mantener dentro de la concordia colombiana una política generosa que abarque a todos los ciudadanos, que respete todos los derechos, que sea amparo y garantía para todos. Yo pido a mis conciudadanos que cualesquiera sean los problemas futuros a que se vea abocada nuestra Patria, perseveren con fe, con renovado

brío, con reposado optimismo, en este espíritu de trabajo y de devoción democrática que nos ha servido para realizar la grande obra nacional con que hoy nos podemos presentar sin timidez al examen de la historia.

El Gobierno, yo lo garantizo en este momento de manera solemne, no ahorrará esfuerzos por servir al país y confía en alcanzar éxito satisfactorio, seguro como está de contar con la colaboración inteligente, constante y firme, de todos los colombianos.

El Gobierno, os lo aseguro, hará con plena fe en la Patria y en sus fuerzas cuanto esté a su alcance por amparar eficazmente la libertad, la prosperidad y la seguridad del pueblo colombiano. Los esfuerzos que éste tenga que hacer serán como una gota de agua comparados a ese océano de esfuerzos y sacrificios que hicieron los hombres que al fin alcanzaron la victoria. Pero ese esfuerzo de nuestro tiempo habrá que hacerlo. Y habrá que hacerlo con idealismo y desprendimiento, dejando un poco de lado problemas totalmente inactuales, para consagrarnos a lo que sí es urgente y necesario.

Yo estoy seguro de que el pueblo colombiano, en esta hora que es también de lucha y de peligro, sabrá cumplir con su deber.